

Foucault ante Freud*

Cuando uno dice “hay que ser justo” [...] lo hace a menudo porque pretende corregir un impulso o invertir el sentido de una pendiente: se aconseja entonces resistir una tentación.

JACQUES DERRIDA

Foucault ante Freud es una defensa documentada del psicoanálisis universal. Julio Ortega escribió este libro porque piensa que Foucault se ha equivocado en sus juicios acerca de Freud y del psicoanálisis.

El autor piensa que la lectura que Foucault hizo de Freud y del psicoanálisis no es legítima ni clausura la clínica psicoanalítica que, al contrario de la lectura foucaultiana, representa un dispositivo útil para ayudar a la cura de los pacientes angustiados por el sufrimiento.

Es cierto que los psicoanalistas locales o europeos tienen derecho a defender su oficio; no obstante, por un principio procedimental, podrían seguir en toda su extensión la regla de “ser justos”, de tal forma que no sólo vean la paja en el ojo ajeno.

El libro de Ortega constituye una resonancia del juicio de Derrida acerca de la necesidad de “ser justos con

Freud” y de la descripción de Elizabeth Roudinesco, quien señala el carácter violento y ambivalente de la crítica de Foucault hacia el psicoanálisis. Las palabras clave del texto de Ortega son ambivalencia y embestida.

Desde el título, *Foucault ante Freud* es un texto elíptico. Quizá debería titularse *Foucault contra Freud* o bien *Freud ante Foucault* o, mejor, *Freud a pesar de Foucault*. Ortega describe el contexto de las relaciones discursivas de Foucault con múltiples autores que lo influyeron: modelos ejemplares, mentores o aliados, y es vasta la información que utiliza para reconstruir el contexto de esta lucha discursiva. La problemática “apremiante” de Julio Ortega es la relación entre Freud, el psicoanálisis y Foucault. Para acometerla, el autor advierte acerca de sus “enunciaciones personales” y sin rodeos dice: “La idea que definiendo y propongo es que la lectura que hizo Foucault del psicoanálisis fue parcial y trincada, no exenta de equívocos que le desviaron en su interpretación final [...] me parece que su ambivalencia hacia el psicoanálisis se conservó a lo largo de toda su vida”.

Pueden verse, en el párrafo anterior, las causas de la incomodidad del psicoanalista. De acuerdo con Ortega,

* Julio Ortega Bobadilla, *Foucault ante Freud*, Paradiso Editores, México, 2013, 209 pp.

Foucault hizo uso ilegítimo de los textos de Freud y del psicoanálisis, es decir, se equivocó, se desvió de una lectura positiva y fue ambivalente. Jacques Derrida lo había observado antes, pero no en el sentido de “proteger al psicoanálisis de una nueva agresión”, sino de interrogarse acerca de si la *Historia de la locura* habría sido posible sin Freud. Ortega explora la posibilidad discursiva que Derrida ha desechado.

En este caso, la idea de “ser justos” con Foucault implica no sólo la auto-crítica aislada que reconoce que algunos psicoanalistas “siguen fórmulas sin cavilar en sus implicaciones”, sino que además obliga a la sinceridad.

Para tal efecto, dejemos el juego de edipizar autores, porque es un procedimiento recursivo que conduce a la sobreinterpretación de los motivos para atacar o defender a un autor; por ejemplo, ¿qué causa determina la defensa del padre de una disciplina?, ¿qué economía libidinal sobredetermina la defensa del oficio y el gremio?, ¿qué impulsa a la defensa de las víctimas en un juicio como el que supone el rechazo de la crítica?

Desde mi perspectiva, para decir que Foucault no es una herramienta útil para algunos psicoanalistas, no era necesario sostener, a pesar de la consigna de Ortega de renuncia en este libro, al análisis psi: “no sería descabellado pensar que la relación con su

padre no fue la mejor y que esa distancia determinó su elección sexual”.

Por lo contrario, otra posibilidad es una lectura teórica de la problemática, no psi, no eurocéntrica, local, situada, basada en la respuesta acerca del emplazamiento desde el cual se habla. Es evidente que Foucault utilizó la obra de Freud para sus propios fines; Ortega también y quien esto escribe, por supuesto. Es plausible que Foucault no sea útil para algunos psicoanalistas, pero lo es y con mucho para otros científicos sociales que, por lo contrario, no ven utilidad en la terapia psi.

En realidad, lo que irrita a Julio Ortega es lo que denomina “un enérgico ataque contra el psicoanálisis”. Digámoslo de nuevo: es legítima la respuesta a lo que se considera injusto, pero la observación de primer orden, como crítica de la crítica, no ayuda a la comprensión y explicación de la lucha discursiva tematizada, si no se cuida el no cometer la falta que se critica.

El problema de *Foucault ante Freud* no es el fin, sino los medios. Ortega no describe genealógicamente al genealogista; clasifica a Foucault como nietzscheano, pero sólo en parte, mediante una argumentación lógica, incompatible con la genealogía, que no se orienta por la categoría de discontinuidad.

Un juicio justo sería tratar al genealogista mediante la genealogía; por ejemplo, renunciar a la idea de un sentido original que se degrada para

interrogarse acerca de la procedencia discursiva del uso de Freud como instaurador de un discurso; asimismo, preguntarse por qué Foucault inicialmente enunció a Freud como un autor instituyente en una correlación de fuerzas y luego lo criticó severamente en otra. ¿No asume la genealogía la arbitrariedad de su propia perspectiva? ¿Hay un Foucault o varios Foucault?

Desde otro prisma, Julio Ortega crítica a Foucault su ambivalencia ante Freud y el psicoanálisis; se interroga: “¿por qué Foucault no se interesó en el psicoanálisis, hasta el punto de considerarlo una alternativa personal? ¿Su decisión por la filosofía implica una cierta desilusión de los planteamientos freudianos?”

La respuesta biográfica indica, según Didier Eribon,¹ que Louis Althusser recomendó a Foucault “se niegue a la hospitalización psiquiátrica”. Puede inferirse que la instrucción incluía no ceder ante el psicoanálisis. Élisabeth Roudinesco dice: “se sabía que había tratado de analizarse durante tres semanas”.² La respuesta teórica es que el discurso foucaultiano se instituye

por cortes, rupturas, discontinuidades epistemológicas. Estas razones básicas son invisibles cuando la anticrítica se orienta mediante las categorías de no contradicción, coherencia, continuidad, no visibles cuando se les interpreta bajo la clave de la genealogía entendida como un saber que “estudia la sucesión de epistemes”.

La defensa del psicoanálisis de Ortega es comprensible; su búsqueda de indicios, encomiable, pero no enuncia su interés sino hasta el final del texto, bajo el argumento de que si se dice al principio, malgasta su potencia. ¿Qué quiere el autor de *Foucault ante Freud* cuando replica la observación de Derrida y Roudinesco acerca de la severidad del primero contra el psicoanálisis? Ortega rechaza la “intención de refutación” de Freud y del psicoanálisis. Digamos que se afilia a Roudinesco, quien por lo demás, en su momento, había tomado partido por Jacques Lacan contra el Antiedipo de Gilles Deleuze y Félix Guattari.³ Para él, Freud es un filósofo y el psicoanálisis una conciencia insuperable de nuestro tiempo. Bien, está muy bien. Cada quien selecciona las herramientas de su oficio. En mi opinión, es legítima la estrategia que sostiene que el psicoanálisis es una terapia imprescindible, basada en el discurso revolucionario de

¹ D. Eribon, *Michel Foucault*, Anagrama, Madrid, 1992, p. 59.

² E. Roudinesco et al., *Pensar la locura. Ensayos sobre Michel Foucault*, Paidós, Madrid, 1996, p. 19. La introducción de Roudinesco se reproduce como capítulo, bajo el título de “Michel Foucault: historias de la locura”, en otro de sus libros: *Filósofos en la tormenta*, Fondo de Cultura Económica, México, 2007.

³ F. Dosse, *Guilles Deleuze y Félix Guattari. Biografía cruzada*, Fondo de Cultura Económica, México, 2009, p. 267.

Freud, que “busca el beneficio, no sólo espiritual, sino material y físico”, y que insiste en el juicio acerca del psicoanálisis no confesional ni represivo, o bien, en el que sostiene que es una “dialéctica que no hace un amo del maestro”. Bien, si ése es el caso, el psicoanálisis local es aceptable.

De nuevo, Ortega y los psicoanalistas tienen derecho a rechazar la lectura foucaultiana de Freud, pero ¿por qué es importante insistir en que era ambivalente, erró, se desvió de su posicionamiento “original”?; ¿por qué no tolerar una lectura diferente del psicoanálisis europeo y sólo enunciar lo que se quiere o propone como un nuevo retorno, en este caso remoto: “volver a los orígenes no sólo de la filosofía sino también del psicoanálisis?”.

Quizá, es sólo una conjetura, el problema de *Foucault ante Freud* sea imaginar la homogeneidad del dispositivo psi como si ese conjunto de discursos y prácticas no fuesen una multiplicidad. ¿No se ve la paja en el ojo ajeno cuando se crítica de monolítico al marxismo y se procede de la misma forma con el dispositivo psi? ¿Hay necesidad, en el rechazo de esa lectura “ilegítima”, de sugerir que Foucault tomó la estructura del psicoanálisis para el proyecto de la arqueología? ¿Es necesario señalar que “la embestida es frontal y provocativa, no sin un sentido del humor y hasta picardía que hace pensar en un juego de escarceo sexual”?

Otra posibilidad habría sido decir: “Foucault, la estrella de la filosofía francesa, no es útil para los psicoanalistas locales, puede ser útil para otros; para nosotros es un adversario, no un enemigo”.

De cualquier forma, detrás de pantalla, el fantasma elusivo de Foucault ríe, como en la foto de la carátula del libro de José G. Merquior,⁴ tan útil para Ortega, la cual incluye una traducción muy latinoamericana de un párrafo de la introducción de *La arqueología del saber*, que dice: “No me pregunten quien soy [ni me pidan] que siga siendo el mismo; dejen a los burócratas y policías la preocupación por si nuestros papeles están en orden”. Aplica, entonces, la conseja de no edipizar a los adversarios para aceptar, en el diálogo, el derecho a la diferencia y condescender, según el posicionamiento, con los usos plurales del dispositivo.

José Alfredo Zavaleta Betancourt
Instituto de Investigaciones
Histórico-Sociales,
Universidad Veracruzana

⁴ J. G. Merquior, *Foucault o el nihilismo de la cátedra*, Fondo de Cultura Económica, México, p. 182.